
- 7 -

El lenguaje de las crisis...

A Martín Luther King

*“También las almas... necesitan
un tipo diferente de lluvia: esperanza
fe, razón de vivir. Cuando esto
no sucedía, todo en aquella alma moría,
aún cuando el cuerpo continuaba vivo...”*

Paulo Coelho

*“El dolor es una
realidad física.
El sufrimiento
es la experiencia de no
encontrar sentido
a ese dolor”*

Mamerto Menapace



Quiso la vida que al comenzar a escribir este capítulo esté atravesando una crisis. Y que, de alguna manera, escribir sea, simultáneamente, reflexionar sobre todo lo aprendido y en un momento en que puede ser muy necesario hacerlo, aunque con los límites propios de toda reflexión realizada demasiado cerca de lo sucedido.

Vengo planteando que la vida del hombre puede ser entendida como un camino a ser recorrido, tal como simbólicamente se ha concebido en todos los “caminos iniciáticos”¹ (del cuál, la ruta a Santiago de Compostela, puede ser un tradicional ejemplo); también la imagen del río y la canoa es muy rica para iluminar los múltiples sentidos de este proceso. Pero, seamos peregrinos caminantes o navegantes en nuestra canoa, en ambos casos encontraremos desafíos o escollos² y obstáculos que debemos aprender a sortear.

Todo camino tiene guardadas las pruebas que tienen que atravesar los hombres que lo recorren. Y no por puro capricho y azar, sino con el sagrado propósito de exigirnos el crecimiento, de evitar que nos distraigamos demasiado, también de despertarnos, ayudarnos a ver errores, a cambiar formas de actuar, sentir y pensar por no ser las apropiadas para nuestra evolución. Por ello, el solo hecho de saber que

¹ “Camino iniciático” significa, al menos en el sentido que aquí quiero darle, las pautas y los pasos sucesivos que vinculan a quien los quiere dar, con el progreso en el territorio de su ser. Son sendas establecidas, por diversas culturas, para guiar a los hombres con pautas claras y desafíos cuidados y preparados por los “ya iniciados”. Aprovecho esta nota para aclarar el particular sentido que para mi tiene la expresión “iniciado”, tan vapuleada en estos tiempos de cambios y de eclecticismo. Iniciado es aquel que ha podido dar un paso firme hacia una mayor armonía con su esencia, con su ser y su misión. En otras palabras, que ha subido un escalón en la hélice evolutiva de su consciencia, que ha cruzado el umbral hacia los mundos espirituales.

² Expresión utilizada por Baden Powell, padre del Scoutismo, en su maravilloso libro “Roverismo hacia el éxito”. Puede el lector leer tan útil material y encontrar allí otro simbolismo, ligado a la imagen del río y la canoa.

estamos moviéndonos rumbo a nuestra evolución, debería ser sinónimo de saber que, tarde o temprano, aparecerán las “piedras” en el medio, los troncos caídos en el sendero estrecho, las huellas que desaparecen o se hacen borrosas, las bifurcaciones que nos hunden en la perplejidad y la duda que brota de no saber con certeza por dónde seguir, la oscuridad cerrada que nos impide ver lo que tenemos delante, los accidentes que detienen la marcha o modifican radicalmente la manera de caminar, etc. Y esto que parece simple al decirlo, no lo es tanto a la hora de enfrentarse a dichos obstáculos. Tal como dice Prather: **“una piedra nunca me irrita, a menos que esté en mi camino”...**

Así parecen ser las reglas del juego, es inevitable que se materialicen en nuestro entorno todos aquellos desafíos que nos vienen a proponer hacernos cargo de cosas que no estamos teniendo en cuenta. Podemos convenir que nuestra cotidianeidad está imbuida de compromisos y responsabilidades, tantas y tan variadas que en medio del vértigo de la acción, muchas veces vamos dejando para un incierto futuro un sin fin de “cosas pendientes”. De esta forma acumulamos problemas, conflictos, culpas, dolores, y esto, tarde o temprano, nos comenzará a generar remordimiento interno y situaciones externas que personificarán (bajo el disfraz de pruebas) las tareas que debemos realizar para ocuparnos de todo ello. No se puede dejar de percibir el propio camino de desarrollo sin pagar el precio que esto tiene como consecuencia. Y el valor del mismo tendrá que ver con el tipo de cuestión que permitimos que se duerma en nosotros (dormirse en este caso es sinónimo de negar, ocultar, reprimir, descuidar, olvidar...).

¿Me siento despierto a la vida y caminando?. Pero, aunque la respuesta sea sí, ¿estoy totalmente despierto o sólo nos he empezado a “darme cuenta” de cómo son algunas cosas?. Pienso que el proceso de despertar comienza con lentitud y pausada gradualidad, incluso pudiendo

interrumpirse en cualquier momento ya que el mismo es delicado, sobre todo en los primeros pasos.

La tradición budista tiene una palabra que nos invita a reflexionar un poco en la línea de lo que estamos tratando de afirmar: "Buda", que en lengua sánscrita significa "el que está totalmente despierto", el que ha logrado tener abiertos, tanto los sentidos físicos, que nos abren a la riqueza de las experiencias sensoriales del mundo material, como los sentidos espirituales, que nos revelan los tesoros propios del mundo superior suprasensible.

El Buda es el "Iluminado", aquel que por efecto de la Luz espiritual, puede realmente ver e ir penetrando los sucesivos velos que protegen las verdades más pristinas. La verdad es como la luz del sol, enceguese a aquellos que la miran demasiado directamente; puede dañar a la mirada no preparada e inexperta. En el momento evolutivo en que se encuentra la humanidad, con una fuerte presencia de la individualidad y un fuerte materialismo, todos partimos de una mirada horizontal, la que observa los fenómenos concretos. Podemos ir, poco a poco y si ese velo de apariencias (llamado "maya" por el hinduismo) no nos seduce al punto de esclavizarnos y atraparnos, desarrollando los sentidos superiores y abriendo la mirada hacia lo alto, lo vertical, el arquetípico mundo de las formas puras, de las esencias, la verdad, la Luz....

Pienso que, así como mucho en nosotros está despierto³ y otro tanto en vías de estarlo, también hay realidades profundas que se encuentran totalmente dormidas; tanto, que se tornan inaccesibles para nuestra consciencia. El hombre vulgar, no siente que esas riquezas personales formen parte de lo que le pertenece, hasta quizás pueden ser cosas que admira en otros, más no piensa, por lo general, que son potencialidades susceptibles de ser actualizadas en él. Ya lo sugerí

³ O sea activo, visto, trabajado, en movimiento, creciendo, avanzando y retrocediendo...

cuando mencioné a la cara oscura...; en la negrura de la noche, en la espesa oscuridad de la caverna de nuestro ser, se guardan, celosamente custodiados, los tesoros más extraordinarios que podamos siquiera imaginar. Y esta distancia que nos separa de nuestro potencial estado "búdico", es la encargada de movilizar nuestro aprendizaje, de crear situaciones y experiencias que nos posibiliten el desarrollo. Depende de cada uno de nosotros el hecho de que sepamos leer cada circunstancia, por adversa que nos parezca, con miras a una mayor integración y unidad.

La misma palabra "crisis" puede seguir clarificando el camino reflexivo que nos hemos propuesto transitar. La raíz etimológica de la misma proviene del verbo griego "crinein", que significa "discernimiento"; discernimiento entre por lo menos dos o más aspectos, matices.... La crisis se experimenta en todos aquellos momentos en los que nos apremian decisiones que tomar y las posibilidades son las suficientes como para ocasionarnos algún tipo de conflicto. Aunque no es necesario que en las crisis esté presente la confusión, desesperación o angustia, estos suelen ser los sentimientos que aparecen en el contexto de las mismas. Y, si bien cada uno responde a los estímulos con las herramientas de las que dispone y ha aprendido, es "culturalmente verdadera" (y no universalmente) la idea que las crisis están cargadas de un sentido bastante negativo y esto las hace temibles. Por ello, en el fondo, todos albergamos la ingenua ilusión de poder evitarlas, poder suprimirlas de nuestro camino de crecimiento. Pero lo cierto es que toda la naturaleza avanza a través del conflicto, plantas y animales necesitan de ellos como desafío para la continua superación y evolución de la especie y el hombre no está exento de este principio natural⁴.

Cuando propuse, en el capítulo primero, la imagen simbólica del "cayado" y la asocié al peregrino que busca, decía que representa la

metafísica verdad⁵ de que nos movemos entre múltiples opciones. Tal es el escenario donde hemos venido a dramatizar nuestra obra de vida. Un escenario que no tarda en plantearnos diferentes posibilidades entre las que debemos optar. Y, de esta manera, decidiendo, haciendo uso de la capacidad humana del libre albedrío, nos abrimos paso en el desarrollo de nuestro ser, modelándonos, construyéndonos....

Por eso dedicaré unas breves líneas al tema de la decisión, entendida ésta como proceso propio del alma. Toda decisión puede ser desarmada en por lo menos dos aspectos o partes fundamentales: la deliberación y la opción. La deliberación es ese momento en que consideramos analíticamente todas las posibilidades (ya lo hagamos con mucha o poca consciencia, mayor o menor automatismo o dedicación). La opción es el instante en que sintetizamos entre lo múltiple para quedarnos con lo uno. Toda decisión es un proceso de selección, un doble movimiento de expansión y contracción, de análisis y de síntesis. No es exclusivamente un proceso mental o racional, en ella, se entremezclan las aguas anímicas y miedos, emociones, instintos, preconceptos, presiones internas y/o externas, etc. Y es toda esta urdimbre de matices, la que explica el hecho de que la decisión sea, más aún en momentos límites, un tema complejo de considerar.

En la medida en que la decisión es un proceso de selección, podría afirmar que está directamente conectada con nuestra capacidad de decir “sí” a algo, pero también de decir “no”; de tomar y de soltar; de querer

⁴ Nos diferencia la consciencia, el hecho de poder atravesar todo conflicto con la capacidad de “darnos cuenta” lo que está ocurriendo y el sentido que muchas veces subyace detrás del mismo.

⁵ “Verdades metafísicas” son aquellas que se encuentran en esferas superiores a las “verdades particulares” a las que cualquiera de nosotros tiene acceso. Pienso que el hombre, a medida que se eleva, y como consecuencia de su caminar con compromiso su individuación, toma contacto con verdades cada vez más universales y objetivas y abandona las subjetividades y las particularidades propias de los primeros puntos de vista. La **Verdad**, esa que se escribe con mayúsculas, me parece sólo posible de ser conquistada en el mundo del espíritu, como bien lo testimonian las vidas de tantos maestros para la humanidad.

para nosotros, pero también de desechar. Y ese saber decir “no”, saber soltar es como una daga filosa que corta, como un machete que nos abre el camino entre pastizales. Es una capacidad que evita que caigamos en la permanente acumulación, víctimas de nuestro “niño interior”, que todo lo quiere. Nuestra posibilidad de decir que “no” y de irnos metiendo en el misterio de la selectividad de nuestra vida, es (como lo afirmé en el capítulo cuarto) una fuerza que surge del centro de la ancianidad sabia y sagrada de nuestro ser.

Por otro lado, tomar las decisiones correctas no sólo implica estar atentos a estos aspectos, también implica considerar con cierta destreza adquirida a través de la propia experiencia, el problema del tiempo y la forma. Toda opción, para que nos lleve a la madurez y al desarrollo, debe tener en cuenta la dimensión temporal, tanto como la actitud con que nos enfrentamos a ella. Muchas veces el “qué” de nuestra decisión es el adecuado pero lo hemos definido muy tarde, o demasiado precipitadamente. Para que una decisión sea correcta⁶, debe estar situada en ese momento oportuno, tan difícil de reconocer. Este momento es **nuestro momento**, adecuado a nuestras circunstancias y que no necesariamente coincidirá con similares procesos de los demás, por mucho que nos hubiera agradado que así sea.

El otro aspecto que condiciona a toda decisión, es la actitud con la que nos enfrentamos a la misma. Podemos decidir desde el miedo, la ansiedad, la ira o el enojo, la euforia y el desmesurado entusiasmo, la angustia o la depresión, etc. Pueden ser muchas las actitudes que enturbien y limiten la libertad de nuestro proceso de búsqueda de la acción correcta o de la opción más adecuada. Quizás lo conveniente sea que no dejemos de considerar, en el largo camino de ser en cierto sentido

⁶ Lo “correcto” no tiene solamente el sentido que nuestro Juez interno quiere darle como “deber ser”, sino también esa luz que, desde las Verdades Eternas, ilumina al hombre en su camino en la tierra.

“artífices de nuestro destino”, estos elementos esenciales que suelen no ser tenidos en cuenta con el vertiginoso ritmo del mundo de hoy.

Debemos aprender a considerar de cada decisión, no sólo el “qué”, sino también el “cuándo” y el “cómo”, y para ello necesitaremos de una cierta disposición a la reflexión serena. Esta última puede ser un hábito que aún no hemos desarrollado, en ese caso, bien valdría comenzar a hacer el esfuerzo de adquirirlo poco a poco, ya que de esta forma nos evitaremos muchos desbordes y la permanente intromisión del mundo anímico en nuestras decisiones. La paciente reflexión nos ayudará en el gobierno de los impulsos, a menos que estemos ante una de las llamadas “situaciones límite”....

Los chinos, en su criptografía escriben la palabra “crisis” con dos ideogramas juntos. Si consideramos el primer ideograma por separado, el mismo significa “peligro”, más si consideramos el segundo por separado, significa “oportunidad”. Las crisis en la cosmovisión china, son entendidas como esta doble posibilidad de **peligro y oportunidad**. Son momentos de peligro porque por lo general ocultan trampas que nos hacen más complejo el proceso de decisión. En las crisis las decisiones son peligrosas porque se requiere de astucia y de una especial atención; algo así como la fina y sutil suposición de que podemos estar ante una prueba y debemos actuar con la consecuente debida cautela.

Pero no todo en la crisis es posible peligro, también es oportunidad de crecimiento. De alguna manera las crisis nos anuncian que estamos en momentos cruciales de nuestro camino, en puntos de inflexión que modificarán poco o mucho nuestra vida. Nos traen elementos que podemos haber dejado atrás, distraídamente en el olvido, o que hemos reprimido dejándolos en el casillero interno de “cuentas pendientes”. En este sentido las crisis son oportunidades de reparación, oportunidades para ocuparnos integrativamente de alguna de estas cuestiones. Dependerá de nosotros que las mismas sean vividas de una u otra manera,

como peligros u oportunidades, pero siempre nos ofrecerán a la vez, la posibilidad de la caída y la de la redención de aspectos no redimidos de nuestro ser.

En la antigüedad y en diferentes culturas tenían previstos caminos de crecimiento para el discípulo, y no todo hombre en tiempos antiguos era un discípulo. Estos caminos eran considerados caminos de iniciación, como ya fue mencionado, porque recorrerlos implicaba atravesar por determinada cantidad de umbrales. Cada uno de las cuáles representaba la posibilidad de paso a otro plano de la evolución y el mayor acceso al Conocimiento Verdadero. Dichos umbrales o pruebas eran puestas por maestros ya iluminados y custodiadas por guardianes que cuidaban el buen desenvolvimiento del discípulo y sobre todo, su integridad física, anímica y espiritual. El hombre actual ya no dispone de estos maestros iluminados (aunque los siga buscando y haya quienes se presenten como tales), pero sí de posibilidades de iniciación cotidianas. Las pruebas de hoy se nos presentan con un lenguaje actual, aunque escondan desafíos milenarios. Son nuestras pruebas pero también son pruebas del hombre de todos los tiempos, de la humanidad toda. Por esto es de mucha importancia encontrar el sentido de las mismas, lo que equivale a aprender a leerlas en el marco de nuestro desarrollo espiritual.

Nuestro lenguaje aún conserva un residuo simbólico que nos puede servir de clave para profundizar en los diferentes tipos de pruebas. Muchas veces hemos dicho u oímos decir que alguien que atravesó su "prueba de fuego" cuando tuvo que superar una muy difícil situación. ¿Por qué "prueba de fuego"?; ¿Por qué solamente prueba de fuego?; ¿Habrá habido en algún momento otras pruebas ligadas a los restantes elementos: agua, aire y tierra?. Pienso que los cuatro elementos son una clave simbólica que puede ayudarnos a comprender el sentido de nuestros desafíos, que a lo largo del camino, no sólo vamos a pasar por pruebas de fuego, sino también y quizás fundamentalmente por pruebas

de agua, de tierra y de aire. Intentaré enriquecer conceptualmente esto, sin intentar agotar un tema que requiere de mucha atención puesta en la vida misma (más que en intentos de conceptualizarla, por valiosos que puedan ser estos en algunos momentos) y las experiencias que he podido tener hasta aquí.

Comenzaré por la más concreta de todas, la **prueba de tierra**. Atravesar por una de esta prueba es sinónimo de enfrentarse cara a cara, con nuestras necesidades físicas, materiales. Es un desafío que nos pide reubicarnos con respecto a las cosas concretas, a nuestro cuerpo, a las cosas físicas.

Las pruebas de tierra ponen en conflicto los aspectos más ligados al tener, desde nuestra corporeidad hasta nuestras pertenencias materiales, siempre que tengamos con alguna de ellas un vínculo enfermo o no apropiado, o un vínculo de dependencia o “apego”. Algunos ejemplos de este tipo de prueba pueden ser: una enfermedad que nos obliga a hacer una dieta por mucho tiempo o de por vida, o que nos deja en cama inmovilizados por cierto tiempo, alguna fractura ósea que nos impide el normal desempeño, la pérdida de un trabajo, de un objeto que era, para nosotros, importante, algún robo o incendio, etc.

Todas las pruebas de tierra sacuden nuestros apegos materiales y nos piden trabajarlos y redimensionarnos con respecto a ellos. Son oportunidades de transformar este tipo de necesidades y también de reconocerlas y ver hasta qué punto eran necesidades imprescindibles para nosotros. En general no nos damos cuenta del lugar que las cosas ocupan en nuestra vida hasta que las perdemos. Como dice la canción de Facundo Saravia: “...uno valora las cosas cuando las suele perder”. Puede que necesitemos de estas pruebas tanto por desvalorización como por sobrevaloración de lo propio, ya que ambos casos implicarán un reajuste en nuestra actitud.

Las pruebas de tierra no serían necesarias si tuviéramos la capacidad de agarrar y de soltar las cosas, de no permitir que el puño de la mano se cierre y apriete aferrándose a lo material.

La **prueba de agua**, en cambio, nos plantea cada vez que es necesario, un desafío en el plano de nuestras necesidades afectivas, emocionales, sentimentales. Es una prueba muy dolorosa para todos ya que por lo general suele tocar heridas del niño huérfano y despertar miedos muy ligados a nuestra infancia, como el miedo a la soledad, a que nos dejen de querer, a que no nos tengan en cuenta, etc. Estas pruebas sacuden el corazón y le piden que, a través de ese cimbronazo, revise vínculos y formas de estar unido afectivamente a las personas, las cosas, los seres queridos. Algunos ejemplos de pruebas de agua pueden ser: la pérdida de un ser querido o su alejamiento, la muertes de personas cercanas, la indiferencia de un amigo, la falta de valoración y reconocimiento de un padre, de una madre, de un hijo, la ruptura de una pareja, el exilio, el destierro, etc.

Toda prueba de agua removerá los cimientos afectivos del niño huérfano y lo hará sobresaltarse y gritar y llorar desconsoladamente. Y, en el fondo de nuestro ser, pienso que casi todo hombre tiene miedo al sufrimiento, a volver a conectarse con viejos sufrimientos; y tenemos demasiadas llagas abiertas como para que eso no suceda. Por esto es tan difícil trabajar los apegos afectivos, aprender a querer al otro sin que se convierta para nosotros en una imperiosa necesidad en la que apoyar toda nuestra existencia. Sobrevaloramos e infravaloramos nuestros sentimientos con respecto a los demás y en ambos casos se hace (o se hará en algún momento) necesaria la búsqueda de un cierto tipo de

equilibrio. **Las pruebas de agua son oportunidades de tomar consciencia del mundo de los apegos afectivos con la posibilidad de transformarlos, de transformarnos.** Son grandes oportunidades de sanación de heridas del pasado, heridas todavía abiertas que nos piden ser curadas, aunque lo hagan a través del vehículo de una crisis.

Las pruebas de agua no serían necesarias siuviésemos desarrollada la capacidad de amar generosamente, pudiendo dejar libre a “lo amado”, sabiendo abrir y cerrar el corazón, el principal órgano de nuestra afectividad.

La tercera de las pruebas es la **prueba de aire**. Ella nos conecta, a diferencia de las anteriores, con el ámbito de las necesidades más mentales, con el mundo de nuestras estructuras, creencias, pensamientos rígidos e inflexibles. El aire será el idóneo elemento para purificar nuestra mente, para limpiar los obstáculos que nosotros mismos hemos estado creando en nuestra cabeza. Muchas son las veces en que no podemos dejar de pensar, y es este exceso de pensamiento, el que nos mete en un laberinto de ideas (del que somos los autores y los protagonistas principales) y posteriormente, no podemos salir de él, con facilidad. Algunos ejemplos de este tipo de prueba pueden ser: pruebas empíricas e innegables de que las cosas no son como nosotros pensábamos, la imposibilidad de comunicar a los otros nuestras ideas o el hecho de que no puedan entendernos, la burla o denigración sobre nuestra manera de pensar, la toma de consciencia de nuestro lado oscuro, el “darnos cuenta” que somos capaces de acciones que considerábamos despreciables, etc.

Las pruebas de aire no serían necesarias si fuésemos capaces de mantener la dinámica que es propia de la vida en el ámbito del pensar, no dejando que se fije lo que debe estar en “cambio continuo”.

Casi todas las “situaciones límite” suelen resquebrajar el sistema de creencias porque nos llevan a horizontes que eran para nosotros insondables desde nuestra perspectiva cotidiana. Cualquier circunstancia que nos descoloque a nivel del pensamiento o del sistema de valores estará siendo para nosotros una prueba de aire. Estas suelen dejarnos en un cierto estado de perplejidad y confusión. Nos colocan una vez más ante la devastación y la aridez de quien no puede entender, de quien acaba de ver derrumbarse el edificio, hasta ese momento seguro, de sus ideas. Más aún, el criterio con el que se establece la palabra “límite” en situaciones de crisis, es un criterio mental, ya que las mismas nos proponen ir más allá de lo “pensable”, al territorio donde la cabeza se paraliza, se bloquea. ¿Quién puede establecerle, estrictamente hablando, límites a lo humano?; ¿Quién es capaz de decir hasta dónde puede un hombre resistir la tragedia en su vida?...

El límite es el justo borde del correcto funcionamiento de nuestra capacidad de juicio, sistema de ideas y creencias, sentido común, mundo de respuestas que somos capaces de dar frente a lo aprendido. Por esto atravesar ilesos ese límite es en sí una experiencia de iniciación. Para ser más estrictos diremos que **una situación límite es aquella que desafía nuestros tres horizontes básicos: el de acción, el del corazón (afectos) y el de la cabeza**. Son situaciones que ponen en jaque simultáneamente nuestra manera de hacer las cosas, de amar y de pensar.

La terrible situación vivida por los sobrevivientes de la tragedia de los Andes nos brinda un material maravilloso para plantearnos honestamente un horizonte que va más allá del nuestro (aunque únicamente lo hagamos en el plano de la reflexión, ya es una invitación a revisar esquemas personales). Leer el libro titulado "Viven" o mirar la película con el mismo nombre es un paseo por esquemas mentales, afectivos y morales. El "niño interior" se pone tenso, el "juez" se prepara para tomar partido por determinadas actitudes a favor de otras, el "ego" se desespera poniéndose, catárticamente, en el lugar de la tragedia, en síntesis, todo nuestro mundo profundo se despierta frente al contacto cercano, aunque sea indirecto, con situaciones de esta naturaleza. Los directores de cine conocen muy bien estos procesos del alma humana, tanto, que el llamado "cine catástrofe" no es más que una expresión viva de lo que queremos decir. Pero el simulacro no es la realidad en sí, por mucho que movílize, no podemos más que hacer con él una torpe analogía. La cruda realidad de una tragedia que toca nuestra vida es lo que ahora nos proponemos plantearnos, eso que quedó en el lenguaje de todos los días como "prueba de fuego".

Sin dudas la prueba que menos queríamos tener que atravesar es la **prueba de fuego**. Ella no es un sacudón a nuestro "tener", ni a la posibilidad de acción, ni al universo de las necesidades afectivas, ni al mundo de ideas que conforman nuestro sistema de creencias; es un sismo en el alma misma. La prueba de fuego irrumpe desde lo concreto, rompe y desgarrar con el sagrado propósito de llevarnos a la conexión y/o el afianzamiento con el mundo espiritual. Precisamente nos hace buscar nuestra conexión con los planos superiores, con la verticalidad de nuestro ser. Nos pide abandonar la mirada sobre el mundo horizontal y caer de rodillas con la mirada dirigida hacia lo alto (lo alto en el mundo interior, lo alto en el mundo exterior, no importa mucho dónde).

La prueba de fuego no compromete a las necesidades como las pruebas anteriores, o mejor dicho, las compromete a todas juntas puesto que es un desafío al mundo de los apegos, con el objetivo de que tomemos consciencia de **Aquello** que está detrás, que está más allá de la mera búsqueda de la satisfacción. Es un rayo que cae en el alma. Y un rayo sobresalta a la vez que ilumina en una tormenta. Por un instante deja ver y luego todo se vuelve a sumergir en la oscuridad. Por ello, si podemos tomarlo como oportunidad de aprendizaje, saldremos de esta experiencia hondamente transformados, incluso transfigurados. Transfiguración entendida como cambio radical, que reubica todos los aspectos de nuestro ser. Ya nada está en el mismo lugar después de haber aprendido de una prueba de fuego. De ese fuego que quema, purifica, sublima, ennoblece, dignifica....

En lo concreto esta prueba aparecerá como un terremoto, un destructor huracán, un volcán en erupción. Sacudirá todo nuestro entorno y como si fuera inevitable se llevará todo a su paso. Puede conectarnos con umbrales de dolor que pensamos que no nos tocaría atravesar jamás, puede hacernos ver cosas que creímos que no íbamos a ver nunca. Quienes vivieron una guerra, estuvieron en los campos de concentración, fueron torturados hasta el límite de la locura o la muerte, quienes vieron derrumbarse a su ciudad y su gente y sobrevivieron para contarlo, todos ellos saben íntimamente de que se trata esta prueba. Pero pienso que no es necesario haber estado en medio del horror para sensibilizarse frente a una realidad y comprender. La misma tragedia de los Andes, es un cercano ejemplo de prueba de fuego para todos los que la tuvieron que atravesar, y quizás también para algunos de sus familiares. La historia bíblica de Elías, tan bien convertida en novela por Paulo Coelho⁷, está repleta de situaciones que nos remiten a la reflexión acerca de las

⁷ Me refiero al libro “La quinta montaña”, que versa enteramente sobre “lo inevitable” y el lugar que las tragedias ocupan en nuestras vidas...

pérdidas y los derrumbes totales, esas que quitan hasta el aire necesario para seguir viviendo, que nos llevan a “crisis de fe”, al enojo con Dios mismo....¿Por qué me hiciste esto?, ¿Qué hice yo para merecer tanto sufrimiento?, ¿Por qué a mi?....

Las “pruebas de fuego” nos remiten a las preguntas más existenciales, a la reafirmación de nuestro sentido de vida, al redimensionamiento de nuestra vida espiritual, pero solo es una poderosa invitación. Depende de cada uno salir victorioso de ellas o aferrarse al rencor, la sed de venganza, el resentimiento, y no poder ni salir, ni superar todo esto, por mucho tiempo. En palabras de Coelho: “... **ante lo inevitable, algunos se quedan descorazonados, otros, sin embargo, se hacen más fuertes, y los más sabios aprenden**”, estos últimos son capaces de reformular toda su vida si es necesario. El sentido último de estas pruebas es reconducirnos al camino correcto en nuestra vida, abrirnos a dimensiones superiores o trascendentes de sentido, aunque esto signifique, desde un punto de vista, comenzar de nuevo. La pregunta ordenadora en momentos de crisis, pruebas, es ¿**“para qué”** nos pasa lo que nos pasa? y no la búsqueda de los **“por qué”**. Nunca es fácil encontrar los motivos, ya que, aunque a veces damos con alguno, este suele ser como la punta de un iceberg que muestra algo y esconde mucho más⁸.

Las crisis, como venimos viendo, nos plantean diferentes pruebas o posibilidades de aprendizajes. Sean del tipo que sean, son situaciones que nos conectan con las necesidades y las carencias y nos proponen el arduo trabajo de soltar, de liberarnos de las amarras que limitan nuestro crecimiento, nos piden no llevar con nosotros todo aquello que nos aleja del verdadero camino, nuestro camino. Sin duda ya hemos tenido muchas

⁸ Nos dice Carlos Vallés al respecto: “... el preguntar ¿por qué hice lo que hice?, nunca me lleva a la razón verdadera. El ¿por qué? va a la cabeza, y los motivos por los que actuamos son algo mucho más complejo que pensamiento puro. Son razones y sentimientos y pasado y presente y tradiciones y prejuicios y miedos y esperanzas y todo lo habido y por haber mezclado y batido y revuelto todo junto”.

de estas pruebas en el camino de vida y muchas más seguiremos teniendo. Pero nos queda una importante pregunta que formular: ¿Es necesario que los aprendizajes se den por la vía del dolor y/o de la inevitable ruptura de algo?.

Parte de la respuesta a este interrogante ya fue dada con anterioridad. Sólo se rompe aquello que se cierra sobre sí mismo y se desvincula de otras realidades internas, negando toda apertura e interdependencia⁹. En este sentido, solamente serán necesarias las pruebas que nos ayuden a tomar consciencia de nuestras realidades rígidas y cerradas, o sea de todo aquello que se ha cristalizado en nosotros. En otras ocasiones, las pruebas nos ayudarán a hacer crecer semillas que estamos descuidando; cosas que ya vimos y aprendimos y que hemos dejado de lado por no haberlas llevado nunca a la dimensión práctica de la vida. En este sentido, las pruebas serán el empujón necesario para ponernos en movimiento, una ayuda para pasar a la acción continua que nos brinda y nos propone la vida.

Los aspectos duros de nuestro ser son, en potencia, susceptibles de ser quebrados por circunstancias de la vida. Los aspectos débiles o blandos de nuestro ser son, en potencia, susceptibles de ser despertados o sacudidos por circunstancias de la vida.

En ambos casos, tanto la ruptura como el sacudón que muchas veces ocasionan dolor, son el segundo camino, pero no el primero y mucho menos el único. El primero y seguramente más difícil camino es el de la

posibilidad de comprensión. Si permitiésemos que la luz del sol iluminase las semillas y el agua del cielo las regase, al igual que a la tierra, todo en nosotros se desarrollaría, desplegaría y evolucionaría. Por supuesto no nos estamos refiriendo ni al “sol” ni a la “lluvia” físicos, como antes no nos referíamos a los cuatro elementos físicos, sino a los espirituales. El mundo físico no es más que vehículo y expresión visible del otro, el espiritual, como se reza en la principal oración cristiana, el Padrenuestro: **“... como en los cielos, así también en la tierra”**. Así, ese “Sol espiritual” nos podrá dar la Luz de la comprensión a través de la oración y de la meditación. Y esta, podrá ser fuente de inspiración en nosotros fortaleciendo nuestra espiritualidad sin que entonces hagan falta las experiencias que nos ayuden a despertarla y a desarrollarla.

Y, si de todas maneras fueran inevitables las crisis (por motivos necesariamente superiores de reparación), entonces estaremos mejor preparados para enfrentarlas y superarlas. Porque podremos sentir que, por mucho que las mismas nos coloquen frente al abismo, no estamos solos, hay “fuerzas celestes y terrestres” que nos sostienen en las dificultades, nos guían y nos protegen acompañándonos en los áridos y desérticos territorios de la desesperación, la desesperanza, el descorazonamiento, el vacío de los “sin fe”, la melancolía, el nihilismo¹⁰....

Un verdadero trabajo espiritual será en nuestra vida la mejor garantía frente a lo inevitable, frente a cualquier tipo de prueba e incluso, frente a lo que implícitamente pretenden enseñar todas ellas: el buen paso a través del umbral de la muerte. De esto me ocuparé con mayor detalle al finalizar mi camino de reflexión. Más lo importante es dejar claro aquí, que para quienes han desarrollado órganos superiores,

⁹ El inconveniente surge cuando nos quedamos atrapados en la **“dependencia”** o la **“independencia”**. La vida está regida por **“interdependencias”**, sólo así se tiene acceso al tramado vital del que también formamos parte.

¹⁰ Esta actitud tan presente en el mundo actual es el permiso para que la “nada” se instale en nosotros y carcoma, de similar forma que un tumor, toda la vida que resta. Es una actitud que niega la vida desde una postura existencial muy difícil de revertir y superar.

las crisis no son más que instrumentos de reparación y curación del alma y oportunidades de redimensionar la vida y prepararse (con vistas al futuro) a una sana partida a los mundos superiores; en cambio, para quienes no han desarrollado tales órganos, las crisis son terribles y dolorosas experiencias que hay que tratar de evitar o sobrellevar lo mejor posible. Quiero transmitir con la más absoluta honestidad que pienso que no es posible una vida de seguridades radicales y definitivas, sin sacudones ni momentos de pruebas. El día que las crisis parezcan haber terminado, es señal de que algo no está funcionando demasiado bien, porque, como veremos en el capítulo final, el máximo y definitivo equilibrio y armonía, es la muerte. Todo lo que se detiene es "cadáver" y empieza a ser poseído y destruido por las fuerzas que se ocupan de tales quehaceres. Una palabra escrita es un cadáver de la palabra viva, un pensamiento fijo, lo es de un pensamiento vivo; y así podríamos decir esto en diferentes aspectos del alma humana....

Pienso que es esencial no dejar de intentar abrirme al fenómeno de la comprensión espiritual, al fenómeno de la Luz del Sol brillando, aunque sea tenuemente, sobre nuestro ser; **ella nos regalará incondicionalmente claridad en el pensamiento, transparencia en el sentimiento y autenticidad en la acción.** Ella nos ayudará, cada vez que esto sea posible, a tomar por el primer camino (el de la comprensión) y a no necesitar de los aprendizajes por reacción, como es el caso del segundo camino, el de las pruebas, el de las crisis. Espero que tengamos alguna vez la bendita posibilidad de descubrir experiencialmente la diferencia entre ambos....

El sentido de la risa y los enojos...

A Ismael Quiles

Me parece interesante decir en este momento el valor que tiene el humor. Y poder comprender la diferencia entre la "risa" o el sentido del humor auténtico, y el "buen enojo". Ambos nos ofrecen caminos posibles de desenvolvimiento de las crisis, son respuestas que podemos dar frente al conflicto y a la tensión que se genera en un círculo vicioso que permanentemente se repite.

Cuando caemos inevitablemente en una "huella", en un esquema interior y "reactivo" de respuesta, que no nos deja espacio ni pausa para la voluntad libre, entonces aparecen los estados de ánimo consecuentes de: angustia o enojo. Nos ponemos mal y nos replegamos, ya sea bajo la forma de tristeza, melancolía, depresión, etc., o nos enfurecemos y desplegamos bajo la forma de enojo, ira, bronca, gritos, etc.

Las consecuencias emocionales de las crisis, son patrimonio de cada uno, y diversas son las formas de responder a ellas. Pero de todas ellas, las dos mencionadas en este título, nos parecen dignas de especial consideración. Ambas esconden en sí la posibilidad de resolución de situaciones conflictivas. Cada una con su forma, ni mejor ni peor que la otra, más aún, quizás las dos sean imprescindibles para avanzar en el territorio de las pruebas.

La risa y el buen humor, lejos de toda burla, ironía, sarcasmo, cinismo, son formas que el amor tiene de abrir lo que se ha cerrado. Por ello distienden y aflojan en momentos donde la presión y la contractura suelen ser apremiantes. Hay personas que son especialistas en ayudar a los demás a reírse de sí mismos. Y esta, es una risa que quita una importante carga dramática a muchas experiencias conflictivas. Cuando nos empecinamos en estar mal o nos quedamos fijados a una crisis, sin

querer salir de ella, la risa es el vehículo más saludable para relajar y soltar toda esa carga que oprime. Claro que no siempre brota con espontaneidad y por sí misma, pero por fortuna, tenemos (e incluso buscamos conscientemente) a alguien que nos promueve a la alegría. Y que maravilloso es poder dejar que nos hagan “cosquillas” al alma. Cuanto se libera con las carcajadas tan propias de niños que juegan. Risas limpias, no compulsivas ni nerviosas; risas transparentes, no hirientes ni “diabólicas”¹¹...

También el enojo es una energía capital a la hora de enfrentarnos a las crisis o círculos viciosos. No es sencilla la tarea de asumir la impotencia frente a las tantas realidades que no podemos transformar ni aceptar. Y por ello, es posible que después de cometer sistemáticamente el mismo error, una y otra vez, vayamos juntando la fuerza como para gritar: ¡¡BASTA!!... Este enojo, muchas veces nos conecta con el luchador que puede poner límites a una situación que nos gobierna y maneja, a pesar de nuestra voluntad. En este sentido, el “buen enojo” nos conecta con la fuerza que es necesaria para poder “romper” con las “huellas” que nos llevan siempre a la misma respuesta. Y por otro lado, nos puede disponer interiormente a “dejarnos ayudar”, por los demás o por las Fuerzas Superiores de metamorfosis. Cuántas veces, gracias al enojo, reunimos la energía necesaria para la acción, para una acción que debíamos realizar pero, por diversos factores, no podíamos.

Querer no siempre es poder y sobre todo con las “cuestiones atávicas” que habitan en nuestro interior. Todo aquello que limita y condiciona nuestra libertad, que actúa como cadena que ata, debe ser cortado por un doble camino: con la fuerza y los límites puestos con

¹¹ Incluyo adrede la expresión “diabólico”, porque se ha asociado a la risa con lo demoníaco, al menos durante mucho tiempo y sobre todo en la vida religiosa monástica. La obra de Humberto Eco, “El nombre de la rosa”, brinda muchos matices para entender esta cuestión. Pienso que lo ya dicho en el capítulo quinto, ayudará a entender la diferencia que existe entre la risa libre, expresión de amor, y la risa compulsiva, expresión de la oscuridad reprimida.

consciencia por cada uno, o con la humildad y la aceptación que nos coloca en situación de entrega a las "Manos que Curan", ya sean de las personas que nos pueden acompañar o de las Fuerzas de sanación espiritual. En cualquier caso, para que ellas actúen es necesario el "permiso" de parte nuestra, y esto implica salir de la autosuficiencia y la sensación de omnipotencia.

Sintetizando lo dicho hasta aquí, la risa, como forma y expresión del amor misericordioso, nos abre a nuevas posibilidades, distendiendo y aflojando "nudos" y conflictos, ayudándonos a salir de las posturas cerradas, del ensimismamiento. El enojo, como expresión del mismo odio y la impotencia, nos ayuda a romper con las cosas que nos sujetan, nos da una cuota extra de energía para poder zafarnos de situaciones de esclavitud, sea hecho esto desde las propias fuerzas, o desde la asistencia de fuerzas ajenas a nosotros: las de los otros, la del Otro...

Dios quiera que sepamos apoyarnos en ambos caminos, siempre en vías a la búsqueda de formas superadoras de unidad. Que podamos ser además de verdaderos "samuráis", también "bufones" que pueden reírse de sí mismos, en soledad o en compañía de los demás. Rescatemos de los tesoros interiores, todo el valor que tienen estos personajes: el "samurai", que sabe que el grito lo ayuda a afirmarse en la acción, y el "payaso", que sabe que la risa es el componente más poderoso de desdramatización de las propias tragedias.

Haciéndonos Preguntas...

- * ¿Cómo es en mí el proceso de decisión?
- * ¿Con qué aspecto me llevo mejor, con la deliberación o con la opción?
- * ¿Puedo hacer una recapitulación de los momentos críticos de mi vida?
- * ¿Cuáles fueron las pruebas de tierra?
- * ¿Cuáles fueron las pruebas de agua?
- * ¿Cuáles fueron las pruebas de aire?
- * ¿Cuál fue, si es que he tenido alguna, la prueba de fuego?
- * ¿Siento que alguna de ellas me quedó pendiente para más adelante?
- * ¿Frente a qué circunstancias me cuesta decir que no, poner límites?
- * ¿Con qué actitudes personales me suelo encontrar en mis crisis?
- * ¿Qué diferencia encuentro entre preguntarme el por qué y preguntarme el para qué en un momento de prueba?
- * ¿He descubierto algún intento de trampa que se me escondía detrás de una prueba?
- * ¿Siento que frente a alguna circunstancia pude comprender, evitándome así el encuentro con el segundo camino?
- * ¿Estoy dispuesto a trabajar honestamente para fortalecer mi espiritualidad y estar más y mejor preparado frente a las crisis?
- * ¿Cuáles fueron las situaciones límite que me tocó atravesar?
- * ¿Cómo fueron mis primeros impulsos o reacciones?
- * ¿Cuándo he podido tomar el dolor o el enojo como motor para mi transformación o mi acción?

- * Para meditar... **“Lo que hago es prenderle fuego al templo de tus creencias para que, cuando haya quedado destruido, tengas una perfecta visión del cielo inmenso y sin límite”** – A. De Mello –

- * Recomendando leer, después de haber leído este séptimo capítulo y a la manera de profundización: **“La quinta montaña”**, de Paulo Coelho (en el género novela), **“El hombre en busca del sentido”**, de Víctor Frankl (en el género de ensayo psicológico - testimonial) y ver posteriormente la película **“Viven”**, para conectarse con alguna experiencia real testimonial de situación límite con nuevos elementos de comprensión.

